

Un dios antiguo

Mariana Enríquez reinventa la narrativa de terror en Nuestra parte de noche

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Un logro pavoroso. Así podría resumirse **Nuestra parte de noche**, novela con la que Mariana Enríquez reinventa la narrativa de terror, los escenarios con casas encantadas, la literatura de la conspiración y la paranoia. Todo en este libro enfermo e infeccioso apunta al diálogo con formas reconocibles y asumidas de cierta gramática de género, pero lo hace para dinamizar y dinamitar sus límites. Hay aquí una sociedad hermética, la Orden, y un principio arcano, la Oscuridad; hay una división del mundo en víctimas y verdugos, agentes y pacientes, casta rectora y carne para la bestia; hay una sucesión de brujos, médiums, testaferreros maléficos; hay un enigma extravagante, hechizos de distinto signo y una voluntad férrea, la conquista de la inmortalidad, factores que han venido nutriendo desde antiguo la novela fáustica y la mitología del monstruo, de Bram Stoker a Stephen King, pasando por Gustav Meyrink.

Mérito de Enríquez es haber insertado estas piezas en un escenario más resonante, donde la pesadilla encarna en lo íntimo y en lo colectivo, en la provincia familiar y en el mapa epocal. Por un lado, la novela se puede leer como una radiografía política de la Argentina de los últimos cuarenta años del siglo XX; por otro, admite contemplarse como la disección de una patología, una historia de amor desesperada y bellísima entre un padre herido, inolvidable, Juan, un hijo marcado por el don de la revelación, Gaspar, y una madre robada, insupportablemente humana, Rosario, cuya vida transcurre entre hombres dominados por el aura de la magia, la tiniebla, el poder de decidir acerca de la vida y la muerte.

Enríquez disecciona los sustratos de esta peripecia con una dicción precisa, muy eficaz, de engañosa sencillez, para colocar en su centro, en el corazón filosófico de esta notable obra, una evidencia antropológica tomada de Zora Neale Hurston, una de las figuras más seductoras de la Harlem Renaissance de



Nuestra parte de noche

Mariana Enríquez

Anagrama, 2019;
680 páginas, 22,90 euros

los años 20. Esa idea capital, en torno a la cual transcurre la estructura privada y pública de **Nuestra parte de noche**, sostiene que los dioses se comportan siempre como las personas que los han creado. Y hay en la novela, latente y manifiesto, voraz, caprichoso, insaciable, un dios antiguo, un dios con hambre, un dios fétido y caníbal, enésima reencarnación de Moloch, cuya resistencia a desaparecer conforma las páginas más poderosas de este libro y cuya evidencia a la hora de manifestarse dibuja paisajes aterradores, que dialogan con **El Bosco**, con la lógica de los crematorios, con las aberraciones de la pasión humana por infligir daño.

No se sale indemne de esta obra, de una belleza helada e incómoda, y que logra algo tan misterioso como que las palabras, las simples, cotidianas palabras, puedan engendrar miedo. Al menos yo lo he sentido, con una rara sensación de gratitud y asombro, cuando Enríquez hace decir a Luis, uno de sus mejores personajes, una frase que quizá resume lo que significa este libro extraño y poderoso: «Hacemos ruido para tapan el agujero que tenemos dentro».



Mariana Enríquez. | Sergi Conesa

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Una Europa de frío y lobos tal vez no sea buena casa

Ronald Schimmelpfennig, de quien tal vez no hayan oído hablar, es uno de los dramaturgos alemanes más conocidos. Baste decir que sus obras se han estrenado en más de 40 países. Sabido esto, no sorprende que haya articulado su primera novela, **Una clara y gélida mañana de enero a principios del siglo XXI**, en torno a un símbolo: la inesperada presencia de un lobo en territorios que no tenían noticia de esa especie desde el siglo XIX. Un terrible accidente que genera un kilométrico atasco en una autopista, frío, un lobo llegado de Polonia rumbo a Berlín. Son tres puntos de partida para una historia –escrita con la prosa despojada e incisiva de quien siempre ha construido con diálogos– en la que personajes de diversos estratos desembocan en la senda del lobo. Ya habrán adivinado que el autor no ve una Europa en rosa. Lo que no imaginan es el cuerpo que se les va a ir poniendo cuando se internen en el hielo.



Una clara y gélida mañana...

R. Schimmelpfennig

Trad.: Núria Molines
Periférica
216 pág. 17 euros



Las ventanas y las voces

Juan Carlos Botero

Navona
256 páginas
19 euros



El fuego del fin del mundo

Wendell Berry

Trad.: David Muñoz
Errata Naturae
480 pág. 23 euros



Las tres vanguardias

Saer, Puig, Walsh

Ricardo Piglia
Eterna Cadencia
224 pág. 16 euros

Las siete inmersiones en una vida del narrador Botero

El colombiano Juan Carlos Botero, como tantos otros narradores, nunca ha acabado de creerse del todo la fragilidad juanramoniana atribuida a la rosa. De ahí que cuando, hace poco, le tentaron a reeditar **Las ventanas y las voces**, abordase con ímpetu la labor de retocar estos siete relatos que habían visto la luz primera hace dos décadas. Botero (1960) puso de nuevo su voz firme y rica, su ojo y oído afilados y su sutil ironía al servicio de unas piezas cuyo nexos es el protagonista, tomado en diferentes momentos de una vida. El resultado es un políptico pintado con tonos de fragilidad vital, caducidad, angustia, sueños y pesadillas que lleva al lector desde las sabanas de África hasta la violentísima Colombia de las dos últimas décadas del siglo XX, pasando por tenebrosos descensos a los infiernos del desamor o radiografías de las obtusas élites de su país. Un felicísimo rescate.

Llave de acceso al mundo de sabiduría de Wendell Berry

“De nada sirve hablar sobre el conocimiento transformador o la salvación del alma si no puedes evitar la degradación del suelo”, escribió Wendell Berry a su amigo, el poeta Gary Snyder. Berry (1934) es conocido como ensayista, narrador, poeta, activista y, ante todo, campesino. Nacido en una granja de Kentucky, regresó a esa tierra hace más de medio siglo, dejando atrás una fértil aventura cosmopolita. Desde allí, y a lápiz, ha ido desgranando una filosofía vital que, además de valerle insignes reconocimientos, sirve de guía a quienes sospechan que el arraigo y la mejora del lugar donde se hunden las raíces es el mejor modo de estar en el mundo. Si Thoreau y Tolstói ya denunciaban los males de la urbe industrial, Berry amplía su estela cuando el hedor se ha vuelto insupportable. La selección de ensayos recogida en **El fuego del fin del mundo** es una espléndida llave de acceso a su pensamiento.

Porque no es cierto que, con tal de leer, dé igual lo que se lea

Las tres vanguardias recoge once lecciones pronunciadas por el argentino Ricardo Piglia en la Universidad de Buenos Aires en 1990. El volumen se editó en Argentina cuatro años atrás pero no ha sido distribuido en España hasta esta temporada. A través del análisis de obras de Saer, Puig y Walsh, Piglia, fallecido en 2017, se proponía combatir el discurso de reflujo que desde finales de los años 70 propugnaba el cese de cualquier tentación vanguardista –o sea, de aventurarse por terrenos no explorados– para enclaustrar la novela en una “sencillez” que la volviese mero vehículo de evasión. Treinta años después de su magisterio, sabemos que el resultado de ese orillamiento ha sido la entronización del subproducto industrial como modo omnipresente de narración y el confinamiento de la literatura en pequeñas editoriales.